



A veces me siento y pienso...



y a veces, nada más me siento



La letra ¿con sangre entra?

Hace ya algunos años visité la escuela primaria en la que estudié, la María Martínez, en Ciudad Juárez. La visita la hice cuando aún se encontraba en la calle Madero, cerca de la calle Mejía. Me llamó

la atención el olor característico de la madera de los pisos, el mismo de aquellos años, ver aún las pizarras negras y algunas fotografías colgadas que inmediatamente recordé. En esa escuela aprendí mis primeras letras y números, no precisamente con sangre aunque sí con algunos golpes de regla, e hice mis primeras vagancias.

Aprenderse la lección de memoria de un día para otro, saberse las tablas de multiplicar a fuerza de repetirlas, copiar al cuaderno todo lo que se escribía en el pizarrón, hacer pequeñas compilaciones a base de estampitas compradas en la papelería de la esquina (la revolución, la independencia, los niños héroes, y un largo etc.), eran por mucho los apoyos cotidianos del alumno para aprender.

Recuerdo haber escuchado decir con cierta solemnidad “*la letra con sangre entra*”, y aunque no se practicaba a cabalidad, no había escape para que alguna que otra vez las palmas de la mano se enrojecieran como un incentivo para el aprendizaje.

¿La letra con sangre entra? Ya no. Este viejo refrán a la luz de la tecnología cambia diametralmente. Lo nuevo ahora es “*la letra con software entra*” Debo confesar que la cita no es mía; la leí en una revista y me pareció una cita seleccionable (por aquello de citas citables de la revista selecciones).

Para muchos de nosotros frases como e-learning, educación virtual, curso en línea, educación a distancia entre otros, implican uso de tecnología para aprender o enseñar. El papel de alumno o maestro

según sea el caso, cambia radicalmente. Ya no digamos los contenidos y la forma de ellos. Creo que cada uno (maestro o alumno) enfrenta, bajo este paradigma de enseñar o aprender haciendo uso de la tecnología, problemas de diferente índole según sea su bagaje.

Para aquellos que hemos aprendido (formado y capacitado profesionalmente) dentro de los preceptos clásicos de la enseñanza, el cambio cultural es un golpe fuerte. Como diría alguien a propósito del modelo constructivo del aprendizaje: “*todo lo que sé del constructivismo lo aprendí desde el conductismo*”. ¿Curioso no? Imagínese intentar apropiarse de cualquiera de los dos papeles mencionados en este nuevo paradigma... menuda tarea... y nada fácil.

Luego vienen los que están a dos aguas, es decir, aquellos que ya han iniciado, un poco, su aprendizaje bajo el sello de la tecnología, sobre todo ya habiendo terminado la carrera, pero que aún traen un bagaje fuerte de aprendizaje bajo un modelo clásico. A éstos quizá les cueste un poco jugar el papel de alumno; pero le sufrirán para ponerse el saco de maestro.

Como olas serenas empiezan a llegar a las aulas, aquellos para los cuales la tecnología es cosa muy conocida, sobre todo es un juego o varios, chatear, surfear. Lastima Margarito; aún así su formación hasta la fecha ha sido en un salón de clase... pero ya les ha empezado a tocar la puerta el aprendizaje haciendo uso de la tecnología. Si bien no se sienten incómodos, les cuesta trabajo encontrar la puerta; todavía enfrentan un choque cultural.

Y por último ¡otra raza! La tecnología es el pan de cada día, ha estado allí toda su vida. Eso sí, no para todos, recuerde eso de la brecha digital. Su problema es que tienen maestros típicamente clásicos haciendo uso de herramientas tecnológicas a veces con tino y otras no tanto. En fin ya nos superarán con la mano en la cintura.

Así que *la letra con software entra*, aunque es posible que nos cueste sangre

lfernand@uacj.mx